

donde fue Cárlos inmediatamente al bosque, y se encerró en su cabaña, mientras observaba Ricardo en las cercanías si se descubrían enemigos.

Al contrario, se halló con un hombre, cuyo encuentro debia causar mucha alegría al Rey, esto es, con el valiente Carlis, que habia peleado hasta el último extremo para facilitar la evasión del Rey, y solo habia huido cuando presumió que estaria ya fuera de peligro. Se habia lastimado Cárlos un pie en la expedición del Saverna, y no sintió bien el dolor hasta que hubo descansado un rato en su cabaña. Para buscar algun alivio á esta incomodidad, fue de noche á la casa de los Penderels, donde se hallaba el conde de Carlis, que era natural de aquel país y tenia noticia de la honradéz de aquella familia. Allí se vieron el Rey y el conde con una alegría que suspendió por algunos momentos todos los cuidados de los dos fugitivos; pero despues que comió el Príncipe y se bañó el pie, se volvió al bosque, acompañado de Carlis, que quiso esponerse con él á todo género de peligros: y creyendo que no estaba de mas ninguna precaucion, se informó de uno de sus huéspedes, el cual le enseñó un árbol corpulento, donde á cierta altura habia un hueco en que podian caber dos personas. Hizo que subiese allí el Rey, le acompañó, y le tuvo en sus brazos todo el tiempo que el Príncipe quiso dormir. Despues de esto, Hudleston, sacerdote católico, refugiado tambien en casa de los Penderels, le ocultó de un modo menos incómodo, y le hizo otros favores de que nunca se olvidó Cárlos.

Entretanto se iba comunicando el secreto á muchas personas, y se esparcian ciertos rumores de que el Rey estaba oculto en aquel país. El oficial de una de las partidas que le perseguian, encontró un dia á uno de los Penderels, le hizo muchas preguntas acerca de este Principe, prometiéndole que le llenaria de bienes de fortuna si podia contribuir á descubrirle. Algunos dias despues se le puso una pistola al pecho á otro de los Penderels, para obligarle á que declarase dónde estaba el Rey. Jamás se desmintió la fidelidad de aquellos virtuosos aldeanos; y el Rey no tenia ningun recelo con respecto á ellos: pero estaba muy espuesto, solo con sospecharse que se hallaba en este ó aquel parage; y supo por otra parte que el baron de Wilmot, á quien habia enviado á Londres para probar fortuna, no habia adelantado nada, y se habia retirado á Mosley, á casa de un caballero de confianza llamado Witgrave. Tomó, pues, el partido de ir á buscarle, resuelto á salir lo mas pronto que pudiese de un reino que no le ofrecia ninguna seguridad. En Mosley se despidió de los Penderels, que quisieron acompañarle á aquella ciudad. Allí encontró á Wilmot, pero se les aguó de un modo extraño el gusto de volver á verle; pues apenas estuvieron juntos, llegó una compañía de soldados á la casa de Witgrave, con ánimo de registrarlo todo. Era inútil toda resistencia; y Witgrave salió del apuro, mostrando una presencia de ánimo inalterable. Hizo que se ocultasen sus huéspedes, y abrió al mismo tiempo la casa, con una facilidad y un aire de confianza que

quitaron la gana de hacer una averiguacion exacta.

Comunicó el Rey á Witgrave, y á otro caballero del país, igualmente seguro, llamado Laney, la resolución que habia tomado de pasar el mar. Tenia Laney una hermana de mucho talento, la cual halló arbitrio para llegar á la costa de Bristol, pues con pretesto de asistir á una parienta suya, que vivia en aquella ciudad y estaba de parto, dispuso que la acompañase el Rey disfrazado en traje de criado, llevando además otras dos personas, y á Wilmot que iba vestido de cazador, con escopeta y perros. En el camino se desherró el caballo del Rey; y para continuar haciendo el papel de criado fue el mismo Príncipe á un lugar inmediato á buscar un herrador. Todo el país estaba lleno de tropas que le buscaban, y en todas partes se hablaba mucho del Rey. Mientras estaba teniendo el pie del caballo, le manifestó el herrador grandes deseos de saber donde estaba el Príncipe, diciendo que á son de trompeta se habian ofrecido mil libras esterlinas al que le descubriese. El supuesto criado sostuvo muy bien esta conversacion delicada; pero cuando se trató de vadear el rio de Avon, que por necesidad habia de pasarse, se halló en el mayor embarazo, por haber visto al otro lado del rio unos soldados que estaban de centinela. Sin embargo no hubo mas contratiempo que el susto; porque pasaron con tal serenidad, que ni siquiera les ocurrió á los soldados que pudiera ir allí el Rey. Luego que llegaron á su destino, fingió la señora, á quien acompañaba en calidad de criado, que estaba

enfermo, y dispuso que le preparasen una buena cama en un cuarto separado: lo que dió motivo á una aventura, que fue muy peligrosa para el Príncipe. Quiso verle un médico que estaba allí, y viendo que estaba mas cansado que enfermo, mandó que trajesen vino, tomó él mismo un vaso para animarle, y como buen realista brindó por la salud del Rey.

El mayordomo, llamado Pope, que habia servido anteriormente bajo las órdenes del Príncipe, le conoció á pesar de su disfráz. Para esplicarse con él esperó á que estuviesen solos. Entonces echándose á sus pies: „Vos sois, Señor (le dijo); y es, tan inútil ocultármelo como poco peligroso confesarlo. Creed que mi fidelidad será invariable, y que solo os doy este momento de inquietud para instaros á que huiais de tantos vasallos pérfidos que os buscan para acabar con vos, y que pueden conoceros del mismo modo que yo. Si puedo contribuir á esto, ó á alguna otra cosa, me tendré por feliz. El disimulo, que probablemente seria muy inútil, podria además ser peligroso.” El Rey pensó bien de Pope, y acreditó la esperiencia que no se habia engañado. Este sugeto dió al Rey noticia de otro vasallo fiel, llamado Windsham, el cual hizo todas las diligencias imaginables para embarcar al Rey.

Hacia ya algun tiempo que un comerciante amigo suyo habia puesto al otro lado del mar á Milord Burklai, que huia de la misma persecucion; y le suplicó Windsham que hiciese el mismo favor á Milord Wilmot, sin hacer mencion del Rey, sino como de un

criado de confianza, que era la única persona que llevaba Wilmot consigo. El oficioso comerciante llevó desde luego á su amigo á casa del patron que habia pasado en su barco á Milord Burklai: se hizo el ajuste; se acordó el dia del embarco, y se señaló un parage escusado donde habian de acudir Wilmot y su criado para darse á la vela. Acudieron puntualmente los dos pasajeros; pero no pareció el barco ni el patron, porque la vispera del dia destinado para el embarco, se publicó en una feria de aquellas inmediaciones un decreto terrible del parlamento contra los que favoreciesen la evasion del Rey: con cuyo motivo, incomodada la muger del patron al ver que éste procedia con gran misterio y cautela en todo lo relativo á su travesía á Francia, se habia opuesto á semejante viage, y encerró á su marido en un cuarto en que estaba recogiendo algunas ropas para embarcarse.

Fue necesario retirarse cuanto antes de un lugar que era ya muy peligroso, y no sabian adonde habian de dirigirse. Carlos se puso en camino con ánimo de pasar á Dorchester, acompañado de Wilmot, de Windsham y de un criado que les servia de guia. Habiéndosele caído una herradura al caballo de Wilmot, se vieron en un grande apuro. El herrador de quien se valieron, conoció que las herraduras se habian hecho en las provincias del Norte, y los viajeros decian que ellos eran de allí cerca: en vista de lo cual el mozo de la posada en que estaban, y en que habian pasado la noche sin acostarse ni querer que se desensillasen los caballos, infirió que aquella gente eran

unos caballeros adictos al Rey, y que quizá podria estar allí el mismo Monarca. Fue, pues, á buscar al ministro de la parroquia, que por fortuna quiso acabar unas malas preces antes de dar cuenta al magistrado, y entretanto desaparecieron los viajeros. Pero al momento se tomaron las armas, se hicieron pesquisas y se envió una compañía de soldados para que persiguiesen á los desconocidos. Infaliblemente hubiera caído el Rey en sus manos, si la Providencia que le guiaba, no le hubiera inspirado el pensamiento de volver á la izquierda, en vez de seguir el camino derecho que habia tomado. Sin embargo, se renovaban los peligros á cada paso, y no puede comprenderse cómo no cayó el Príncipe cien veces en manos de sus enemigos. Un dia que estaba ayudando á un mozo de caballos á sacar los de sus amos supuestos: „yo os he visto en el ejército (le dijo el mozo), y me parece que no me engaño.” „Es verdad: me acuerdo muy bien (replicó el Príncipe con serenidad):” y sin dar lugar á mas preguntas, montó á toda priesa á caballo para alcanzar á sus amos, prometiendo al mozo que á la vuelta hablarian despacio de sus antiguas expediciones.

Se dirigió hácia Salisbery, donde Juan Conventri, hijo del antiguo guarda del gran sello, se encargó de su persona, despues de llenar de elógijs á los que le habian servido hasta entonces. En fin, le buscaron un barco en Shore, cerca de Porstmouth, por medio de un nuevo comerciante, llamado Mansel, que pudo conseguir del patron, llamado Totershall,

que se obligase á pasarle á Francia con Wilmot, del cual se decia criado. Pero el patron que habia visto muchas veces al Príncipe, le conoció despues de mirarle bien. „Me habeis engañado (dijo á solas al comerciante), y estais empeñado en arruinarme. Conozco perfectamente al Rey. Es el que vá en trage de criado, y su supuesto amo es el confidente de su fuga.” Convencido entonces el mismo comerciante de que aquel criado era el Rey, trató del embarco con mas ardor que antes, y procuró disuadir al marinero de su preocupacion. La eficacia con que hablaba hizo que acudiese Wilmot, el cual tenia alguna sospecha de lo que estaban tratando, y apoyó las razones de Mansel con tantas liberalidades y promesas, que sin disuadir al patron, le movió á que condescendiese con sus deseos. Inmediatamente acudió éste á su casa, y á toda priesa pidió á su muger ropas y provisiones. „Mucha priesa tienes (le dijo ésta). ¿A qué efecto tanta precipitacion? Anda: bien veo que vas á llevar al Rey fuera del reino. Dios te guie, y tambien á él. La empresa es peligrosa; pero con tal que le pongas en salvo consiento en mendigar toda mi vida un pedazo de pan para mí y para mis hijos.” Animado Tetershall con un discurso tan á propósito para producir este efecto, solo pensó en tener pronto el barco para el dia siguiente muy de mañana. Acudió Wilmot con el Rey, que continuaba disfrazado, y con los vasallos fieles que habian proporcionado el embarco. Antes de apartarse Mansel del Príncipe, se acercó á él, le cogió la mano, y le dijo besándosela: „he querido,

señor, que vuesa Magestad me engañe. ¡Ojalá aporteis con seguridad, y volvais pronto en paz á reinar con gloria en vuestros reinos!” El Rey respondió, riéndose, que cuando se verificase todo aquello no se olvidaria de los favores que tan generosamente le habia hecho. Se alejaron de la orilla, y fue el viento tan favorable todo el dia, que llegaron la noche siguiente á Fecamp, en Normandía.

20. La Providencia, que tan particularmente habia cuidado de la conservacion de la vida del Rey, se manifestó de un modo no menos visible en su restablecimiento en el trono de sus padres. Abandonándole los Reyes, sus aliados, hasta el estremo de negarle en sus estados un asilo contra el parricidio, sus vasallos rebeldes y las mismas hechuras del gefe de la rebelion, luego que no tuvieron que temer, llamaron á toda priesa á su señor legítimo; y los fautores mas ardientes de la tiranía fueron los que solicitaron con mas ánsia el favor de ir á buscarle. Carlos se olvidó de todo lo pasado, y trató favorablemente á los partidos contrarios, aspirando solo á reunir todos sus vasallos en una concordia perfecta. Pero habiéndole enseñado la esperiencia en nueve años de desgracias que sus mas fieles vasallos eran los católicos romanos, y que, despues de Dios, les debia principalmente la evasion de Inglaterra y la conservacion de la vida, se aumentó la confianza que hacia de ellos y la estimacion con que los miraba hasta el momento de su muerte, en que tuvo por último la felicidad de abrazar su creencia.

21. Entretanto las contiendas de religion se acaloraban cada dia mas en Francia, como tambien la resistencia á las decisiones de la Iglesia. Es verdad que los defensores de las novedades proscritas procuraban por lo comun ocultar sus máximas y el modo de sostenerlas; y, á imitacion de los estratagemas de mar en que se tremóla la bandera del enemigo á quien se quiere sorprender, afectaban muchas veces el lenguaje de los tomistas, así para defenderse, como para impugnar con mayor ventaja. Pero si los novadores tienen interés en obrar con dobléz en muchas ocasiones, tienen tambien necesidad de hablar claramente en otras muchas; porque á no ser así, estando la seduccion demasiado encubierta, no se arraigaria en la multitud, ni formaria un partido que tuviese bastante fuerza, ó á lo menos bastante esplendor para lisongear al orgullo de sus gefes. Así, al mismo tiempo que sostenian que los nuevos errores eran una mera ficcion, y que nadie los enseñaba, los esparcian á manos llenas aun en las obras que publicaban para probar que eran imaginarios. A cada paso se presentaban estos errores en sus escritos, y se quejaban los sectarios de que se los trataba con injusticia, porque se daba mas crédito á lo que cada uno leia por sus propios ojos, que á las desaprobaciones falaces de los que los habian consignado en ellos.

De este modo quedaron particularmente confundidos con la publicacion que hizo Nicole de dos obras latinas, de que ya hemos hablado algo. La una, intitulada *Disquisiciones de Pablo Ireneo*, se dirigia á justificar

los errores de Jansenio, negando que estuviesen en su libro; y la otra, con el nombre de *Guillermo Wendrock*, contenia la traduccion de las cartas provinciales, con notas peores que el texto, cuyos errores y calumnias canonizaba. Por lo demás estas dos obras son, hablando de las cualidades literarias, las mejores producciones de Port-Royal, á escepcion de algunos solecismos que se notan en ellas. Pero por grande que fuese la belleza del estilo, no quitó el escándalo que causaba la sustancia de las cosas. Cuatro obispos y nueve doctores, comisionados por el Rey para examinar estas dos obras, descubrieron en medio de su bella latinidad algo mas que faltas de gramática, y declararon que se sostenian en ellas tan claramente las heregias de Jansenio, que para negarlo seria menester no haber leído aquellos libros, ó lo que es peor, no tener por herético lo que declararon como tal los Sumos Pontífices, la iglesia galicana y la Sorbona.

22. Además condenó el clero, pena de excomunion, la traduccion del misal romano que acababa de publicar el doctor Voisin, con el permiso de los vicarios generales de París (1). No hallaron los novadores de todos los tiempos un medio mas fácil para insinuar sus errores, que el de poner en manos del pueblo los libros sacerdotales, en que con sus esplicaciones furtivas imbuyen á los incautos, y especialmente á las mugeres en unas preocupaciones y en una presuncion tan dificiles de curar despues, como

(1) *Act. del Cler. 2 y 3 de Setiembre de 1660.*

fáciles de inspirar á los principios. Este es el artificio de que acusaba San Gerónimo en el siglo quinto á los pelagianos, y el que usó Calvino en el diez y seis con el mismo buen éxito. Por estas consideraciones, no contentándose los prelados de la asamblea con condenar el misal francés, escribieron á todos los obispos del reino, suplicándoles que hiciesen lo mismo cada uno en su diócesi; y creyeron que debian mover al Papa á que confirmase su censura con la autoridad apostólica. El asunto pareció á la Cabeza de la Iglesia de no menor entidad que á los obispos de Francia. Al condenar Alejandro esta obra, habla generalmente de la publicacion de semejantes libros en lengua vulgar como de un proyecto insensato, contrario á las leyes y á la práctica de la Iglesia, y únicamente á propósito para causar la profanacion de los sagrados misterios. No se mostró la Sorbona mas favorable al misal francés; y el Rey, por un decreto del consejo, mandó que se suprimiese, y prohibió su venta. Sin embargo, los vicarios generales se atrevieron á declarar en un edicto, publicado en todas las parroquias, que era aquella providencia una usurpacion de los derechos y autoridad del ordinario; pero habiéndose quejado el clero, espidió el consejo otro decreto mandándoles con cláusulas eficaces que revocasen su edicto.

La facultad de teología censuró además las horas jansenísticas, dispuestas por el señor Laval con el título de *preces sacadas de las de la Iglesia, para que las recen en comunidad las familias cristianas*; y declaró que en ellas habia encontrado pasages traducidos

de mala fe, muchas proposiciones capciosas y falsas, *sapientes haeresim*, con respecto á los sacramentos, inductivas á error, y que renovaba las opiniones tantas veces condenadas acerca de la gracia y del libre albedrío. Se descubrió que el autor en la traduccion de algunos pasages de los salmos habia seguido á la letra la version de Teodoro Beza, y á Jansenio en la oracion dirigida á Dios, página 332, para que convierta á los pecadores *con la fuerza invencible de su espíritu, á quien no resiste ninguna libertad del hombre*. Así se inculcaba, aun en los libros de devocion, el sistema de las cinco proposiciones, al mismo tiempo que se publicaba por todas partes que eran una mera ficcion y que nadie las sostenia.

Mandó el Rey que acudiesen al Louvre los presidentes de la asamblea del clero, que empezó á fines del año 1660, y continuó en el de 1661. Los exhortó fuertemente á que tratasen de los medios eficaces y prontos para estirpar el jansenismo, y les prometió sostenerlos con toda su autoridad, pues se veia obligado (les dijo) por su conciencia, por su honor y por el interés del estado á sofocar el escándalo, reprimiendo con severidad, en caso necesario, á los que hasta entonces no habian querido ceder á las providencias mas benignas. De consiguiente, habiendo oido á doce comisionados nombrados para cumplir los deseos del Monarca, se resolvió por votos unánimes de toda la asamblea, que cuantos eclesiásticos, seculares y regulares hubiese en el reino, suscribiesen la fórmula de fe que se habia dispuesto en la asamblea